

importante entre todas las virtudes : sin ella todas las demás son de poco provecho. Dedicate á este recogimiento : la voz de Dios no se percibe entre el bullicio : *non in commotione Dominus*. Un corazon abierto á todos los objetos , una alma continuamente derramada á lo exterior , y ocupada sin cesar en mil cuidados superfluos , en mil pensamientos inútiles , no está en disposicion de oir la voz de aquel Señor que solo habla al corazon recogido. Aplicate á adquirir esta paz interior : reprime esos impetus del natural , esa precipitacion en el hablar , aunque sea en las ocasiones mas santas , y sobre las cosas mas espirituales. Muchas veces lo que se llama zelo , no es otra cosa que humor y genio. Evita quanto puedas esa multitud de ocupaciones , que solo sirven para distraerte. No conviene estarte ocioso , y mano sobre mano ; sino que siempre has de estar sosegado , y muy dueño de ti mismo.

2. Nunca te entregues tanto á lo exterior , que sea en perjuicio de tu recogimiento. Debes prestarte , pero no entregarte á los negocios exteriores. Todas las mañanas has de hacer propósito de andar continuamente en la presencia de Dios , y sin otra diligencia serás modesto y recogido. Habla poco , y procede en todo como un hombre que nunca pierde de vista á Dios. Cuando dé la hora , recógete dentro de tí mismo , y vuélvete á Dios con alguna breve jaculatoria. Antes de dar principio al estudio , al trabajo , á la oracion , recógete por algunos momentos ; este silencio es maravilloso medio para hacer á una alma interior y espiritual : no dejes de practicarle.

T. 9.

P. 293.



S. PEDRO ARBUÉS, M.

SAN PEDRO ARBUÉS, MÁRTIR.

El glorioso martirio de este santo reúne en sí dos cualidades de suma complacencia y consuelo para los que tienen la dicha de profesar la religion cristiana, y el suficiente talento para meditar las ventajas que le resultan de semejante ventura. Entre las pruebas que quiso Dios dar de la autenticidad y santidad del Evangelio, no es de las menores, en fuerza y persuasion, la de tantos mártires que testificaron con su sangre que la religion por que morian, tenia todos los caracteres de verdadera y divina. El amor que cada uno tiene á su propia existencia hace concebir que solo un motivo sobrenatural fué el que pudo mover á los mártires para dar gustosos su vida en defensa de las verdades que les habian enseñado. Así se autorizó en los principios una religion que combate directamente todos los dictámenes de la carne y sangre, y así recíprocamente fué ensalzado el mérito de aquellos que la autorizaban. La misma conducta ha observado nuestros Dios con los defensores de la religion, y de su inmaculada pureza, que practicó en los principios con sus primeros maestros y promulgadores. Quiso que el martirio autorizase el oficio sagrado de inquisidor, y al mismo tiempo que este santo empleo fuese materia para la sublime gracia del martirio. Todo se verificó en san Pedro de Arbués, cuya vida es la siguiente:

Por los años del Señor de 1442, sobre año mas ó menos, fué el nacimiento feliz de Pedro para ilustre ornamento de su esclarecida familia, y gloria inmortal de la inquisicion de España. Epila, poblacion no muy distante de la ciudad de Zaragoza, en el reino de Aragon, tuvo la gloria de ser la patria de este por-

tento de santidad, y columna de la fe. Sus padres Antonio Arbués y Sancha Ruiz eran de una de las más ilustres familias del reino de Aragon, como que estaban emparentados con los condes de Aranda, y con otras casas de no inferior gerarquía. Pero la nobleza de la sangre merecia para con ellos menos estimación que el timbre de la piedad cristiana que testificaban con sus obras. Por esta causa los primeros esmeros de su cuidado en orden á su hijo se emplearon en sugerirle las más sólidas y sublimes ideas de la santa religion que habia profesado en el bautismo. Luego que Pedro fué capaz de recibir mayores instrucciones, le entregaron al cuidado de maestros hábiles y virtuosos, que formasen su corazón, no solo con las máximas que dictaba el honor, y eran propias del esplendor de su nobleza, sino tambien enseñándole el santo temor de Dios, que es el principio de la verdadera sabiduría. Estaban los maestros en su casa; y por tanto, el cuidado que estos ponian en la educacion de Pedro se acrecentaba con la vigilancia de sus padres, quienes procuraron, ante todas cosas, cimentar en su corazón un ardentísimo amor á Jesucristo crucificado, y una grande inclinacion á las cosas devotas y sagradas. El niño Pedro era la materia más bien dispuesta para recibir las saludables impresiones de tan santa educacion. Su natural era dócil, su alma buena, su entendimiento despejado, su voluntad pronta á obedecer á las más mínimas insinuaciones, y por una constitucion dichosa con que le habia enriquecido el cielo, aborrecia naturalmente cuanto tenía apariencias de relajacion ó de vicio. Estas prendas amables le hicieron de un candor de costumbres tan apreciables, y de un modo de proceder tan racional y juicioso, que, siendo todavía niño, era respetado como un anciano. El santo sabia granjearse este concepto, porque todo el tiempo que le dejaba libre el

estudio de la gramática y letras humanas, le empleaba gustoso ya en rezos devotos, ya en asistir á los templos á recrear su inocente alma en la celebracion de los misterios sagrados.

Instruido perfectamente en la latinidad é imbuido en las máximas de la religion, y adornado de aquellas brillantes prendas, que dan tanto realce á la nobleza de la sangre, siendo ya de edad competente para los estudios mayores, determinaron sus padres enviarle á Italia para que los emprendiese. Estaban persuadidos de que la educacion de los hijos no sale perfecta cuando estos se crían con encogimiento, y sin otros conocimientos del mundo que los que pueden adquirir en la casa paterna. El cuidado con que desde los primeros años habian plantado las sacrosantas verdades de la fe, las máximas de piedad cristiana y los sentimientos de honor, les daba suficiente seguridad de que, en cualquiera parte que se estableciese su hijo, jamás llegaría á desmentir la noble educacion que sus padres le habian dado. Con esta confianza, sabiendo que en Bolonia florecian las letras, y que eran enseñadas por los más hábiles maestros que entonces tenia la Europa, no tuvieron dificultad en enviar allá su hijo. La libertad que con este motivo consiguió Pedro viéndose enteramente apartado de la vista de sus padres, y dueño absoluto de todas sus acciones, no la empleó como otros jóvenes en diversiones propias de la edad, ni en disipar su espíritu con la relajacion y la holgazanería: aplicóse al estudio con actividad tan asombrosa, que en breve tiempo mereció por sus progresos ser la gloria de sus maestros, la admiracion de sus condiscipulos, y el joven más celebrado de toda la ciudad de Bolonia. Es verdad que estos admirables efectos se debian, menos á la aplicacion con que estudiaba la filosofía, que á la integridad de sus costumbres. Sin embargo

de exponer mucho aquella ciencia, segun entonces se estudiaba, á hacer perder la tranquilidad del alma por sus reñidas disputas, siempre veian en Pedro tal moderacion en sus argumentos, y tal serenidad en su semblante, que, al paso que se veian precisados á confesar la viveza de su ingenio, les causaba no menos admiracion la paz constante que reinaba en su alma, y la dulce armonia que conservaba con todos. Hecho dueño de los conocimientos filosóficos, recibió la láurea de maestro con increíble aplauso, sin que este nuevo grado sirviese para hinchar su corazon con la soberbia, sino mas bien para formar de él un medio con que ejercitarse en la humildad cristiana. Habia fundado en Bolonia Egidio Albornoz, arzobispo de Toledo y cardenal de la santa iglesia de Roma, un insigne colegio, en el cual estableció dos plazas para estudiantes aragoneses, y habiendo vacado una de ellas, entró á su goce el santo en el año de 1468. Ya anteriormente habia comenzado á estudiar la teología; y como en esta ciencia encontraba conocimientos mas análogos á las piadosas disposiciones de su corazon, habia hecho en ella maravillosos progresos. Aumentáronse estos notablemente, ya con las sabias disposiciones y estatutos que prescribia el colegio para los ejercicios literarios, ya tambien con el trato continuo con los doctos colegiales. Cinco años estuvo el santo en el colegio, en cuyo tiempo llenó su alma de los mas sublimes conocimientos de la sagrada teología. El estudio de las santas Escrituras era el objeto principal á que se dirigian sus miras; porque en ellas encontraba unas palabras de vida, que, al mismo tiempo que ilustran el entendimiento con sus luces, inflaman la voluntad con celestiales verdades. Al mismo tiempo que Pedro se ocupaba en estudiar la teología, no echaba en olvido que la principal ciencia del cristiano es el amor y temor santo

de Dios y el ejercicio de las virtudes para la santificación de su alma. Su esmero en esto era tal, que le adquirió fama de virtuoso, tanto en su colegio como en toda la ciudad. El testimonio que dió de ello la universidad al tiempo de registrar en sus libros el grado de doctor que recibió en el día 17 de diciembre de 1473, es una prueba de que en las almas de los Bolonienses habian hecho mas impresion las grandes virtudes de nuestro santo, que sus grandes adelantamientos en la ciencia de la teología. *Los multiplicados dones de virtudes*, dice el libro, *con que el Altísimo engrandeció la persona del maestro en artes y en filosofia Pedro de Arbués*, etc. Esta expresion recomienda sumamente el mérito de san Pedro, no tanto por la multiplicidad de sus palabras, como por haberla usado solamente en la anotacion de su grado.

Entre tanto la fama de sus heróicas virtudes no se limitaba á Bolonia, sino que cundia por España, divulgándose por toda la península no solamente la extension y solidez de su sabiduria, sino el suavísimo olor de sus santas costumbres. Desearon por tanto los canónigos de la santa iglesia metropolitana de San Salvador de Zaragoza tenerle en el número de sus individuos, y así le eligieron para una prebenda el día 30 de setiembre del año de 1474. Era á la sazón aquel cabildo compuesto de canónigos reglares de la orden de san Agustin, y presidia en aquella silla Juan de Aragon, hijo del rey Juan II. Esta eleccion se adaptó mucho á los pensamientos desinteresados y tenor de santa vida que tenia Pedro, pues en la profesion de una regla tan santa como la de san Agustin, se pronosticaban muchas medras para su alma. Aceptó el santo la eleccion; y habiendo tomado el hábito de canónigo reglar, de tal manera manifestó con sus santos ejemplos lo acertada que habia sido, que, pasado el tiempo de la probacion, hizo profesion solemne en

manos del doctor Miguel Ferrer, prior de aquella santa iglesia, en el año de 1476. En este nuevo estado se consideró el santo como en un puerto seguro, que le libertaba de las borrascas del mundo, y le proporcionaba medios ciertos de arribar algún día á la patria celestial, adonde se dirigian todos sus anhelos. Los santos ejercicios en que hasta entonces se habia ocupado por particular tendencia de su alma, los consideraba ya como obligaciones de un estado perfecto. Afligia su cuerpo con ayunos continuos, mace- raciones y disciplinas que le sujetaban á la razon. La fervorosa contemplacion de las grandezas de Dios y de los soberanos misterios de nuestra redencion era el alimento con que se recreaba su alma, adquiriendo de dia en dia nuevos grados de perfeccion. Todas sus acciones se presentaban como un espejo de la vida evangélica, y en ellas encontraba el tibio reprehension, y nuevos estímulos el fervoroso. Su fe era viva, firme y al mismo tiempo fecunda en santas obras. Los conocimientos que habia adquirido de las verdades reveladas, lejos de cebar una curiosidad vana y criminal, le servian para cimentar en su alma la fe libre de los engaños de la supersticion. De aqui nacia una esperanza firme en la divina misericordia, en la cual, y no en sus propios méritos, confiaba que le habia de conceder las eternas promesas. Por esto despreciaba con generosidad todos los bienes temporales, juzgándolos por despreciable basura en comparacion de ganar á Jesucristo. Ningun trabajo, por penoso que fuese, le era duro de llevar; con igual ánimo sufría las enfermedades y persecuciones, dando fuerza á su espíritu la grande virtud de la esperanza. Pero en lo que mas sobresalió este grande varon fué en lo que debia sobresalir, esto es, en la caridad, que es la reina de las virtudes. Amaba á Dios con tanta ternura, que no hallaba reposo en cosa ninguna criada, sino sola-

mente en lo que pertenecia al honor del Criador de todas ellas. Oraba frecuentemente, y era tal el amor que tenia á Jesucristo, y tanto lo que se engolfaba en la contemplacion de sus divinas obras, que apenas le merecian la mas leve atencion las cosas del mundo. Solo se acordaba de él para atender al socorro de sus prójimos. Los pobres y necesitados encontraban en Pedro un padre benéfico y un amigo fiel, que los consolaba en sus aflicciones y los socorria en sus necesidades. Pero las que mas cuidado le merecian eran las espirituales: y así no omitia diligencia alguna para sacar del estado del pecado á los que veia mal entretenidos, llenando en esto todos los oficios de un verdadero cristiano, y todas las obligaciones de un digno sacerdote. En la observancia regular era exactísimo, siendo el primero en todas por pequeñas que fuesen, y excitando con su puntualidad la desidia ó indiferencia de los que eran menos fervorosos.

Deseaba Pedro disfrutar á su salvo y tranquilamente del sosiego de que entonces gozaba, para emplearse sin reserva, apartado de los ojos de los hombres, en todo género de virtudes. Pero estas en cierta manera le hicieron traicion; pues, no pudiendo ocultarse por el brillante resplandor que despedian, hicieron tan grande su fama, que llegó á oídos de los reyes católicos, quienes desde luego le destinaron para uno de los empleos en que mas se interesaba la religion de Jesucristo. Empleaban á la sazón sus esmeros estos piadosos reyes en arrancar de España la secta de los mahometanos que la habian inundado, y la perfidia de los judíos que la tenian sojuzgada por medio del comercio. Todas las personas piadosas miraban con sumo dolor á la religion prostituida por aquellos sacrilegos; pues constaba que recibian el bautismo para cumplir exteriormente con las leyes civiles, permaneciendo obstinadamente en la profesion de sus ritos

respectivos. Para precaver tan grandes males solicitaron los reyes de Sixto IV, y despues de Inocencio VIII, sumos pontífices, que se erigiese en España el santo tribunal de la Inquisicion, por cuyo medio se atajase la perfidia de aquellos rebeldes, y se constituyese á los cristianos en un estado de seguridad contra sus asechanzas. Solicitud tan justa tuvo bien pronto todo el efecto deseado. Nombróse por inquisidor general al reverendo padre fray Tomás de Torréquemada, varon adornado de todas las prendas que requeria tan grande empleo. Pero se necesitaban otros muchos varones virtuosos que tuviesen el zelo necesario para descubrir á los reos, y una invencible fortaleza para aplicarles el debido castigo, sin tener miedo ni á su multitud, ni á sus riquezas. Desde luego pusieron los ojos en san Pedro de Arbués, cuya fama le acreditaba por uno de los sujetos sensatos que entonces tenia España. Hecha en él la eleccion, le hicieron saber cuán del agrado de Dios y de los reyes seria el que tomase sobre sí el cargo de inquisidor del reino de Aragon, y cuánto beneficio resultaria á la Iglesia de los oficios que en este empleo se prometian de su vigilancia y rectitud. Lo que para un ambicioso hubiera sido de suma complacencia por el extendido campo que se le ofrecia de ejercer su autoridad, fué para Pedro motivo de lágrimas y de una profunda consternacion. La verdadera virtud siempre está acompañada de una gran desconfianza de las propias fuerzas. Al paso que brillaban en Pedro todas las virtudes que requeria un empleo tan augusto, y que cuantos le conocian estaban bien persuadidos de esta verdad, el humildísimo santo tenia formado de sí mismo tan bajo concepto, que se reputaba por absolutamente inepto para el oficio de inquisidor. Su humildad verdadera no hallaba en su persona ni la ciencia necesaria para juzgar en las ar-

duas materias que pertenecian á la fe, ni las indispensables virtudes para poner en ejecucion sus sentencias y juicios. Excusóse cuanto pudo con los reyes; hizo humildes representaciones de su insuficiencia, solicitando le relevasen de un cargo en que peligraba la salvacion de su alma; pero los prudentes monarcas, que tenian anticipadamente noticias muy seguras de su grande suficiencia, y que sabian además que tanto es un sugeto mas digno para un empleo, quanto mas se manifiesta exento del vicio de la ambicion, se empeñaron en que fuese inquisidor nuestro santo, quien tuvo que ceder á tan soberanos empeños.

Sí en los estados anteriores de su preciosa vida habia manifestado ser un vivo dechado de todas las virtudes, mucho mas lo dió á conocer en el oficio de inquisidor. Sin aflojar un punto en el ejercicio de las virtudes privadas en que antes resplandecia con tan lucientes brillos, comenzó este grande varon á ejercer todas aquellas que eran necesarias para el desempeño de un cargo sumamente delicado por las materias que trata, y peligroso en las circunstancias de aquellos tiempos. Era prudentísimo al tiempo de oír las delaciones, suspendiendo su juicio hasta tanto que las pruebas acreditasen de reos ó sospechosos á los sugetos delatados. Conocia que la perversidad humana llega hasta el punto de prostituir la santa religion á los privados intereses, y hacer víctimas de la venganza ó del resentimiento la conducta mas inocente, y el honor mas terso y puro. Examinaba, velaba é inquiria con la mayor escrupulosidad todos los hechos y circunstancias de los delitos hasta tanto que se dejaba ver la verdad en todo su esplendor. Entonces colocaba á la justicia en medio del tribunal, y ella era la que dictaba sus decisiones. Jamás pudo contrastar su entereza ninguno de tantos medios como emplea el poder y la astucia, ó para paliar

los crímenes, ó para libertarlos del debido castigo. Su alma se mostraba igualmente inflexible á las lágrimas de los abatidos, que á las amenazas de los soberbios y poderosos. La ley era para él una deidad que debia respetarse en todas las circunstancias, haciéndole sacrificio de los naturales movimientos del corazón. Por esta causa, luego que se llegaba á probar completamente el delito, daba y hacia ejecutar la sentencia sin que las lágrimas de los que habian de padecer el último suplicio fuesen bastantes para ablandar su severidad, ni la desolacion que resultaba en las familias pudiese jamás hacerle ser injusto. Con la misma entereza oia las súplicas y empeños de los poderosos, y escuchaba las amenazas que tocaban á su propia vida. Fiel dispensador de la ley, prudente en todas las inquisiciones y diligencias previas á la sustanciacion de las causas, fuerte é invencible en las resoluciones justas, nunca perdía de vista el honor y gloria de Dios, la pureza de la religion santa, la extirpacion de los errores, el escarmiento de los contumaces y rebeldes, y el que se conservase pura, hermosa y sin mancha la esposa de Jesucristo.

Este zelo y entereza de nuestro santo produjo algunos castigos, principalmente de judíos ricos, que, abusando de la libertad de un bautismo simulado, cometian todo género de abominaciones. Inmediatamente comenzaron á temblar aquellos á quienes acusaban sus conciencias de iguales delitos, y el temor les hizo adoptar todos los medios de destruir en sus principios un tribunal santo que les amenazaba con su ruina. Juntáronse en concilio muchos hebreos, y sacrificando gran suma de dinero, enviaron á Córdoba sus procuradores para que presentasen á los reyes inicuos informes que habia forjado su malicia. En ellos se contenia que el nuevo tribunal procedia con un rigor desmesurado; que cometia atentados contra

las personas y familias; que privaba al reino de muchos vasallos útiles y laboriosos; y últimamente, que el nuevo establecimiento era capaz de producir alborotos, y un trastorno y subversion universal en los católicos dominios. Pero los reyes, que se preciaban mas del título de católicos que les habia concedido la silla apostólica por premio debido á la ereccion del santo tribunal, que del de conquistadores que habian conseguido por el valor de sus armas, despreciaron semejantes pretensiones, bien persuadidos de que nunca fueron las leyes ni la justicia de la aceptación de los delincuentes. Esta resolucion dió nuevo vigor al tribunal, y empeñó mas vigorosamente á los inquisidores en el cumplimiento de sus funciones respectivas. San Pedro prosiguió con mayor actividad el descubrimiento de los que estaban manchados de judaismo ó mahometismo, y á ejecutar en ellos la debida justicia. Habia muerto á últimos de enero del año de 1485 fray Gaspar Inglario, dominicano, que ejercia el oficio de inquisidor juntamente con san Pedro. Su muerte habia hecho recaer en este todo el trabajo y funciones del tribunal, y al mismo tiempo le habia cargado de toda la odiosidad que llevaba consigo aquel ejercicio para con los enemigos de la religion. Juntándose estos en privados conventiculos, trataron los medios de quitar de sobre sí la intolerable carga de un tribunal que sus delitos y malignidad les hacia intolerable. Los consejos de los malignos y perversos siempre juntan con la circunstancia de injustos la cualidad de crueles. Pensaron que, quitando la vida á san Pedro, darian por el pié á la existencia del tribunal, y se libertarian de los horrorosos suplicios con que diariamente los amenazaba, persuadiéndose neciamente de que la existencia del tribunal consistia en su vida, y de que la religion católica careceria de spiritus esforzados que osasen verter su sangre